

Boletín del  
**Colegio Mexicano de Urología**

Volumen  
Volume **17**

Número  
Number **2**




Abril-Junio  
April-June **2002**

*Artículo:*

**Semblanza sobre Jaime Woolrich**

Derechos reservados, Copyright © 2002:  
Colegio Mexicano de Urología, A.C.

**Otras secciones de  
este sitio:**

-  **Índice de este número**
-  **Más revistas**
-  **Búsqueda**

***Others sections in  
this web site:***

-  ***Contents of this number***
-  ***More journals***
-  ***Search***



**medigraphic.com**



## Semblanza sobre Jaime Woolrich

Rafael Sandoval Parra\*

\* Fundador y Consejero Científico del  
Boletín del Colegio Mexicano de Uro-  
logía, A. C.

El doctor don Jaime Woolrich Domínguez, fue maestro muy querido y respetado en mi preparación de hombre y de la especialidad, al igual que otros compañeros que tuvimos el honor de recibir sus valiosos conocimientos. Su sensibilidad y destacada calidad humana, llena de dignidad y gran humor por la vida, en la cual se desenvolvía su fuerte personalidad, nos invitaba constantemente a la superación personal y médica para admirarlo como un gigante de la medicina mexicana. Me hacía sentir pequeño ante la fuerza incontenible de su coraje humano y de su deseo de que los mexicanos fuéramos mejores cada vez. En este caso, esos jóvenes residentes de Urología, que constituíamos la primera generación oficial, que cuidó con amor paternal el inolvidable maestro don Aquilino Villanueva, fundador de la urología mexicana, allá por los años 30, en el Pabellón Cinco del Hospital General de la Ciudad de México.

El doctor Woolrich tuvo una antigüedad en el mencionado hospital desde 1947 y como docente desde 1948, en que, además de ser profesor titular de la cátedra de Clínica de Urología, fue jefe del Servicio por Concurso, jefe de la Unidad de Urología y presidente de la Academia de Medicina. Nuestro Colegio tuvo la fortuna de contar con su presencia en una reunión anual llevada a cabo en la ciudad de Monterrey, N. L., México, en la cual se le puede apreciar en la foto adjunta, en compañía del doctor Rodríguez Lemus y de quien escribe el presente.

No recuerdo cuándo fue la fecha de su muerte y no lo quiero hacer, porque para mí sigue viviendo intensamente e impulsándome a seguir trabajando para los demás, ya que con su ejemplo trascendió sobradamente sus expectativas, cualquiera que hubieran sido.

En este sentido deseo reproducir la conferencia presentada por el doctor Jaime Woolrich en El Colegio Mexicano de Urología, A. C., el 7 de marzo de 1980, en

el entonces Centro Médico Nacional del IMSS. Esta conferencia extraordinaria se publicó en el número 2 del Boletín del Colegio Mexicano de Urología, A. C., de 1980. ¿Por qué volver a publicarla? Porque los conceptos deontológicos expresados por el doctor Woolrich en aquel entonces siguen vigentes.

### DEONTOLOGÍA MÉDICA. ASPECTOS SOCIALES

El hablar de ética humanista y ética autoritaria, Fromm menciona que en la primera es el hombre mismo quien se da las normas y es el sujeto de las mismas; en la ética autoritaria es la autoridad, una entidad que se reconoce estar por encima de uno, la que fija las normas de conducta. Esta autoridad puede ser racional o irracional. La racional permite las críticas y el escrutinio por parte de los individuos que se le someten y matizan su autoridad. La fuente de la autoridad irracional, por otra parte, es sólo el poder ciego físico o mental, que actúa llevando al individuo por el camino de lo que la autoridad considera el bien o el mal, bajo la presión del temor, de la aplicación de la ley.

Se sabe que el niño adquiere el sentimiento de distinción entre lo bueno y lo malo antes de conocer la diferencia por el razonamiento. Sus juicios de valor son la resultante de las relaciones cordiales u hostiles del ambiente y de las personas que ocupan un lugar importante en su vida.

En mi infancia, como seguramente sucedió con muchos otros, la autoridad de primer contacto después de la de los padres, era la del barrio, que imponía la noción de lo bueno o lo malo. La autoridad mayor —el Estado— imponía su ética autoritaria, pero a través de su alto ejemplo de corrupción y violencia negaba la ética de su autoridad y obligaba a que la ética impuesta en el ámbito del barrio, que reflejaba



Doctores José Rodríguez Lemus, Rafael Sandoval Parra y Jaime Woolrich Domínguez.

la de la nación, fuera una ética sui generis, la ética de las circunstancias, del momento que se vivía. En otras palabras, una ética que yo podría catalogar como ética de estricta supervivencia, una ética de la barbarie.

Parece ser que fue Jeremy Bentham quien introdujo el término deontología para definir un sistema de moral, en el cual se da realce a las ideas sobre el deber más bien que a las del derecho o la bondad; es decir, con ese sentido más directo, pragmático de interpretación de la realidad del pensamiento sajón habitual: más que buscar la opinión de los demás respecto de las propias acciones, buscar dentro de nosotros mismos la justificación y el móvil de nuestros propios actos, o lo que es lo mismo, no actuar por lo que nos imponen los demás, las leyes escritas por los legisladores, ni lo que nos aconsejan o imponen las leyes o dictados religiosos o morales en boga. Se acepta que no hay ciencia sin filosofía. En lo que tiene de ciencia la medicina, sin pasar por alto el arte y la artesanía, pero sobre todo por su vinculación íntima y total con el ser humano, existen motivos suficientes para filosofar, ya que va y viene del hombre para el hombre. La medicina es filosofía actuante, ya que la esperanza, el dolor, la angustia, la enfermedad y la muerte son ingredientes obligados para filosofar.

En la actualidad existen dos normas éticas o deontológicas, una básica que sería aquella que trataría de practicarse contra la corriente, que priva en la sociedad en el medio en que se está inmerso y otra que permiten las circunstancias y lo convierten a uno en susceptible de ser reconocido públicamente como un sujeto normal en algunos ambientes en donde la corrupción no es preponderante y como sujeto excepcional en los que la corrupción ambiente es la norma.

La medicina es quizá, junto con las jerarquías de algunas iglesias y de grupos políticos que proclaman de

algún modo que se antoja sincero, el último reducto de la honestidad y el cumplimiento del deber; es decir, de lo que queda en la práctica de los conceptos de ética o deontología.

En 1945, Santiago Ramírez analizaba en su libro "La corrupción médica reinante" el ambiente médico que privaba en su época. En la actualidad no solamente son valederos sus conceptos, sino que esa situación se ha multiplicado y ahondado. Debemos preguntarnos: ¿Puede hacer caso omiso el médico a que toda actividad que le rodea en la sociedad capitalista va dirigida al lucro? Debe reconocerse que al escoger el médico esta profesión liberal, también tiene el deseo de alcanzar un estrato económico y social superior que le ofrezca una seguridad económica y que en la estructura social en que vivimos, este móvil no parece ser condenable mientras no sea el único o el más importante.

Por otro lado, la medicina se encuentra frente a la realidad de tratar de imponer un conocimiento cada vez más técnico y, por lo tanto, más alejado de la realidad existencial del paciente. La fugacidad con que se realiza el primer contacto con el paciente ocasiona frustración tanto del paciente como del médico, haciendo más frecuentemente a este último la principal víctima.

La medicina atiende cada vez menos a la angustia que por definición se adueña del enfermo real o aun de aquel que se cree enfermo y que constituye cada vez con mayor frecuencia una triste sombra numerada; eso que se llama "un caso", para ocuparse, si es que verdaderamente lo hace, de esa cosa contingente que se denomina enfermedad.

Recientemente la iatroética se plantea las siguientes cuestiones: ¿Debe imponerse una moratoria a las investigaciones en ingeniería genética? ¿Debe seguirse intentando salvar la vida a cualquier costo? ¿Es moral el ejercicio privado de la medicina en países en donde la enorme mayoría de la población carece de acceso a los servicios médicos?

La enfermedad más grave del mañana será la llegada prematura del propio futuro, según Alvin Toffler, puesto que la angustia, la neurosis colectiva, la irracionalidad y una desenfrenada violencia, que ya se manifiestan en la vida contemporánea, son simples prefiguraciones de lo que puede depararnos el futuro, a menos de que consigamos comprender esta enfermedad.

Con la tecnología y la electrónica —era tecnocrónica— sus orgullosos ideólogos refieren, entre otras cosas, que "el hombre conquista cada vez más la facultad de determinar el sexo de sus hijos; de afectar con drogas la magnitud de su inteligencia y de modificar y controlar sus personalidades". Otro estudioso del control de la inteligencia afirmó: "vislumbro el día en que contaremos con los medios para manejar la

conducta y el funcionamiento intelectual de todas las personas mediante la manipulación ambiental y bioquímica del cerebro y ese será el día en que inevitablemente sentiremos la tentación de valernos de esos medios.” ¿Qué papel deontológico jugamos y jugaremos los médicos si no nos oponemos a lo anterior y seguimos curando y preocupándonos de la salud si por otro lado se mata o se deja inútiles a miles de seres?; ¿no sería más deontológico tirar nuestra vestidura de médicos e ir a protestar por este juego sangriento?, o decir, irónicamente como Miller: “pero la buena nueva siempre está ahí, a la vuelta de la esquina, escrita con tiza sobre la pared de una casa abandonada: ¡Dios es amor...! y lo único que debéis hacer al encontrarla, es sacudiros como una rata de albañal y quitaros el polvo de encima. El resto queda en la mano de Dios.”

El médico, no precisamente sociólogo sino simplemente sensible a lo que acontece en su alrededor, observa, investiga y analiza su realidad circundante. Así llegó Alejandro Celis entre nosotros, a volvernoscios de la cruel realidad que nos rodea y agobia de su patología de la pobreza en México. La medicina llamada científica, ortodoxa, no está en condiciones de amparar a la mayor parte de la población; entonces ¿quién puede juzgar como malo o no ético el que las medicinas llamadas paralelas actúen ampliamente? Lo que no es ético en esas medicinas es el ofrecimiento de atención al en-

fermo por parte de quienes actúan con la intención de engañar y explotar.

Si nos salvamos de la era tecnocrónica, los médicos podríamos volver al sentido primigenio de nuestro oficio, como un verdadero sacerdocio; ejercer un ministerio consagrado activa y celosamente a la procuración de la salud y la longevidad y a la lucha contra la enfermedad, en el que sus practicantes, como casi en ninguna otra actividad, pueden lograr su plena realización. Si son religiosos, en ese camino encontrarán a Dios, a su Dios; si no lo son, se encontrarán a sí mismos y justificarán plenamente su presencia terrenal. El que la medicina o los médicos no actuemos deontológicamente por circunstancias sociales, económicas y otras adversas, claro que nos afecta profundamente; pero quienes sufren mayormente, son infinidad de seres desvalidos y cuyo hablar es sólo un lamento constante; pero como aseveró Montesquieu en su diálogo imaginario con Maquiavelo en el infierno, “el silencio del pueblo es tan sólo la tregua del vencido cuya queja se considera un crimen”. A nuestra vez y recordando lo que Mahatma Gandhi dijo haber aprendido “de su ignorante pero sabia madre, los derechos que podemos merecer y conservar, procederán del deber bien cumplido”. Con lo anterior, quedaríamos dentro de la deontología, la ética, la moral y hasta la eudaimonía de Aristóteles; pero todas estas palabras quedarán arrumbadas en los viejos diccionarios, porque lo que ahora connotan será nuestra esperanza, tan enraizada en el ser humano que será superfluo nombrarlo, ya que formará parte de su ser vital, como el respirar.